

no. El rey Felipe, hombre acostumbrado a ser dirigido y además de genio casero y amigo de la vida de familia, no podía continuar solo. Era preciso buscarle una segunda esposa, y que esta fuese favorable a la princesa de los Ursinos en su propio interés y en el de la princesa misma y del país. Creyóse que tendría estas condiciones mas que ninguna otra, una princesa pobre, hija de una casa poco influyente, porque sin poder contar con un apoyo trascendental de su familia, y agradecida por otra parte como había de estar a la princesa de los Ursinos por su elevación al trono de España, le dejaría conservar su influencia en los destinos del país. Buscando estaba una jóven que reuniese todas estas condiciones, cuando el abate Alberoni, hábil agente del duque de Parma en Madrid, supo dirigir muy diestramente las miradas de la anciana señora hacia una hija de la familia de Farnesio, es decir de sus soberanos, los duques de Parma, cuyo carácter pintó como muy sencillote y flexible, ponderando de paso lo útil que sería para España esta union en el concepto político, por los derechos que asistían a la jóven sobre la sucesión en Parma y Toscana.

Ningun trabajo costó a la de los Ursinos obtener el consentimiento de Luis XIV y mucho menos el de la corte de Parma para este proyecto, y en setiembre de 1714 verificóse la boda real; pero quien quedó completamente chasqueada fué la princesa de los Ursinos. Isabel Farnesio, la jóven reina, estaba dominada por una ambición insaciable; todo lo quería gobernar, no consentía que otro mas que ella mandara. Su primer paso fué pues procurar la caída de la princesa de los Ursinos su bienhechora, y poco le costó arrancar a su necio y egoísta esposo el permiso de expulsar y trasportar a la princesa de una manera indigna hasta la frontera francesa. (1) Poco pudo consolar a esta la excelente recepción que encontró en Versalles, despues de un cambio tan repentino como impensado é indigno. Murió, olvidada de todo el mundo, en 1722 en Roma.

En su lugar gobernaron en España sin competencia la reina Isabel y su confidente Alberoni. Ambos atrevidos y ambiciosos, se proponían nada menos que recobrar todos

(1) Véanse sobre todo esto los datos interesantísimos de la «Epoca de Federico el Grande» que forma parte de esta misma colección. Según Lafuente (Historia de España, tom. XVIII), el rey Felipe había salido a esperar a Isabel Farnesio a Guadalajara y la princesa de los Ursinos se adelantó a recibirla en Jadraque. La reina la acogió con fingida afabilidad, y despues de las felicitaciones de etiqueta, hubo de tener la de los Ursinos la mala tentación de hacer alguna observación a la reina sobre lo avanzado de la hora en día tan frío (era el día 24 de diciembre de 1714) y alguna observación sobre la forma de su prendido. Tomó Isabel por atrevimiento y desacato, y encolerizada llamó en alta voz al jefe de la guardia y le dijo: «Sacad de aquí a esta loca que se atreve a insultarme»; y dióle orden para que inmediatamente la pusiera en un coche y la trasportara fuera del reino. Sin dar tiempo a la princesa para mudarse de traje ni tomar otro, sin mas compañía que una doncella y dos oficiales de guardias, se la obligó a emprender la marcha en un día horriblemente frío y con el suelo cubierto de nieve. A los tres días de jornada, la alcanzaron sus dos sobrinos el conde de Chalais y el príncipe de Lenti, con una carta del rey, harto fría y desdeñosa, en que le daba permiso para detenerse donde gustara, ofreciéndole que se le pagarían con exactitud sus pensiones. Por los mismos mensajeros supo que la noche de su salida la había pasado el rey jugando a los naipes, que de cuando en cuando preguntaba si había llegado algun correo despachado por la princesa, pero que despues no había vuelto a hablar de ella.

Isabel Farnesio al venir a España se había detenido en San Juan de Pié de Puerto dos días, donde tuvo una conferencia con su tía la reina viuda de Carlos II. En Pamplona había encontrado también a Alberoni, y ambos personajes habían tratado de prevenir a la jóven reina contra la princesa de Ursinos; de manera que la escena de Jadraque venía ya preparada por parte de Isabel. Esta es también la opinión del marqués de San Felipe en sus *Comentarios*. La princesa de los Ursinos murió en Roma el 5 de diciembre de 1722 a la edad de ochenta años.

(N. del T.)

los territorios que la paz de Utrecht había quitado a la España, y levantar a esta nación a la altura que había ocupado un siglo antes. Esta ambición hubo de precipitar en una nueva serie de sucesos sangrientos a la España y la Europa apenas pacificada y tranquilizada.

Luis XIV no ignoraba los proyectos de la corte de España, y estaba muy decidido a no apoyarlos en lo mas pequeño, y mucho menos en la parte tocante a la reincorporación de Portugal; porque a fuer de prudente político no se hacía ilusiones respecto del afecto que la nueva dinastía española conservaría a la línea principal francesa; y en su consecuencia reanudó las antiguas relaciones amistosas con el Portugal a fin de estar bien preparado por este lado para el caso de que el gabinete de Madrid se mostrara algun día enemigo del de París. Además estaba harto de guerras, y solo trataba ya de concluir su vida en paz sin turbarla el poco tiempo que le quedaba, pues ya contaba 76 años, con nuevas complicaciones.

Por esto rechazó también todas las instancias del partido jacobita, que despues de la muerte de la reina Ana solicitaba su auxilio para un desembarco del pretendiente en Inglaterra. En esta negativa ninguna parte tuvo el miedo al poder del país vecino, porque su soberbia no le abandonó hasta la muerte, y la prueba es que teniendo que cerrar el puerto de Dunquerque segun lo estipulado, armó en grande escala la rada de Mardyk, tan próxima a Dunquerque, sin dar oídos a ninguna de las reclamaciones que hizo el gobierno inglés alegando con razón que las obras de Mardyk eran contrarias, si no a la letra, por lo menos al espíritu del tratado de Utrecht. El objeto de Luis XIV era animar el comercio marítimo de la Francia, porque se había convencido ya de la importancia que este factor tenía en el desarrollo de la prosperidad del país, empobrecido por su culpa. Como por lo pronto no podía figurar la Francia por su marina entre las potencias marítimas de primer orden, aplicóse el rey con tanta mayor asiduidad al fomento de su comercio exterior, y gracias a esta solicitud prosperó rápidamente la posesión principal de Francia en la India, Pondichery. Mas importantes que esta posesión eran las colonias que tenía en América, que sin contar las riquísimas islas, se extendían desde el Canadá hasta el Mississippi y desde este río, pasando por la Luisiana hasta la Florida y Tejas. Digna de él era la idea de reunir bajo una dirección central única estos territorios vastísimos, a fin de hacerlos mas productivos y mas fáciles de defender. En superficie excedían en mucho a las colonias inglesas agrupadas en el centro de la costa oriental de la América del Norte, y las encerraban dentro de un semicírculo, de modo que algun día hasta habrían podido llegar a ahogarlas en un recio abrazo. Entonces habría arrojado la raza franco-romana a la anglo-sajona de aquellas regiones dilatadas y cambiado de consiguiente todo su aspecto. ¡Qué diferente habría sido el resultado! En lugar de un inmenso imperio protestante con su espíritu inglés autónomo, veríamos ahora una nación católica francesa, organizada autoritariamente, monárquica y unida estrechamente a la madre patria. Luis XIV dió a estas colonias esta organización y esta tendencia, que despues de un corto período de prosperidad hubieron de ser causa de su pérdida.

Si erraba el anciano rey en sus cálculos y pronósticos, no por eso es menos merecedor de alabanza en este punto por su incansable actividad, tanto mas de admirar cuanto que las desgracias que experimentaba en su familia eran capaces de abatir a cualquiera. De sus descendientes legítimos adultos solo le quedaba, no contando el rey de España, el duque de Berry, el menor de sus nietos y poco menos que imbecil. «¿Con que solo tú me quedas?» dijo el rey a

la muerte del duque de Borgoña. Habíale dado por esposa la hija de una hija ilegítima suya, casada con el duque de Orleans, a fin de fundir en lo posible los restos de su familia; mas para mayor pena del régio abuelo, la duquesa de Berry despreciaba a su esposo simple, y escandalizaba a toda la corte con su conducta relajadísima y su afición a las bebidas alcohólicas, vicios que había heredado de su padre. A estos vicios agregaba un orgullo indomable por su cualidad de futura reina y regente del reino; de modo que ya se había hecho insoportable é imposible, cuando de repente murió su esposo el duque de Berry en el mes de mayo de 1714 a consecuencia de una caída de caballo, suceso por lo demás envuelto todavía en el misterio.

Quedaba solo como sucesor directo un niño hijo menor del difunto duque de Borgoña, y para la regencia durante su menor edad solo dos candidatas: Felipe V de España, y el duque Felipe de Orleans. El primero como tío del pequeño Delfín, era el mas naturalmente indicado para este cargo, pero el tratado de Utrecht le prohibía aceptarlo como cualquiera otra pretensión relacionada con su ingerencia en la dinastía francesa. Esto no le impidió, sin embargo, solicitarlo, pero Luis XIV no quiso ya dar lugar a una nueva guerra que el país difícilmente habría podido sostener, sin contar que muerto el rey de seguro se habría complicado con otra guerra civil que se habría cuidado de provocar el mismo duque de Orleans; de modo que este último quedó a pesar de todo el único candidato calificado para la regencia, a pesar de la sospecha fatal respecto del envenenamiento de tantos príncipes reales, de que no había podido justificarse. A semejante persona no podía confiar Luis XIV la regencia y educación del heredero del trono sino con sumo pesar y gran desconfianza, porque ¿quién podía salir garante de que el mismo veneno que segun voces había hecho desaparecer a tantos miembros de la familia real, que separaban el duque de Orleans del trono de Francia, no acabaría también con el niño destinado a regir los destinos del país bajo el nombre de Luis XV? Agregábase a estas razones la invencible antipatía que el anciano monarca tenía al duque de Orleans, libre-pensador sin respeto ninguno ni a la Iglesia ni a la dignidad de la corona, de una relajación escandalosa é indomable de costumbres, tanto, y esto era lo mas criminal a los ojos del rey, que con inaudito cinismo hacia gala pública de sus vicios y desenfreno. De su competidor para la regencia, Felipe V, le separaba una enemistad irreconciliable. Así, al fin de su vida veía Luis XIV amenazado cuanto había trabajado por construir. El único regente posible podía echarlo por tierra y aniquilarlo todo.

No había elección posible. A fin de amenguar en cuanto fuese dable estos peligros, había pensado Luis XIV desde mucho tiempo antes en agregar al sospechoso duque de Orleans un compañero con poderes iguales en la persona de uno de sus hijos ilegítimos, a manera de contrapeso regulador. Cuando se proponía algo, no le espantaba como buen tirano conculcar leyes, usos ni costumbres cualquiera que fuesen; y por esto había dado a sus hijos ilegítimos, con grandísimo enojo de los pares del reino, la categoría entre estos y los príncipes de sangre real.

Despues extendió el derecho de nacimiento por su voluntad omnimoda mas allá de todos los límites conocidos, declarando en julio de 1714 a sus hijos ilegítimos y a sus descendientes aptos para suceder al trono de Francia, a falta de descendencia legítima en la familia borbónica.

El motivo de semejante extralimitación de todas las leyes y usos conocidos no era solamente el sentimiento de paternidad, sino el afán de ver así perpetuarse mejor su régimen despues de su muerte y hacerlo entregar intacto y en toda

su pureza a su biznieto cuando llegara a su mayor edad. El día 2 de agosto de 1714 registró el parlamento estas disposiciones del rey a favor de sus hijos ilegítimos y de su descendencia, y la misma fecha lleva el testamento en el cual el rey les encarga la misión de velar por la conservación de su sistema político. Nombró en este documento un consejo de regencia compuesto del duque de Orleans, del de Borbon, dos príncipes ilegítimos, cinco mariscales de Francia y cinco ministros. Entre todos estos no tenía el de Orleans mas preferencia que en caso de empate de votos decidir con el suyo. Así quedaba reducido el poder del regente a la nada; pero tan profunda era la desconfianza del rey que no contento todavía con esto, encargó al mayor de sus hijos ilegítimos, al duque del Maine, que era también a quien quería mas que a todos, la educación y protección del rey durante su menor edad, sin restricción alguna.

Además mandó que solo de este duque del Maine admitiesen órdenes los oficiales de la guardia real y de la real casa, es decir, todas las tropas estacionadas en el centro del reino. Estas disposiciones demuestran que la regencia del duque de Orleans era puramente nominal para conservar las apariencias, y que el verdadero regente era el bastardo, al cual confiaba el rey de esta manera con todo el poder efectivo, la misión de conservar y continuar su obra.

El déspota en su obcecación creía que sus disposiciones, tan en extremo contrarias a los usos y costumbres, a la moral y a las tradiciones de justicia arraigadas en el espíritu del pueblo francés, conservarían su fuerza aun mas allá de la tumba.

Habíanle aconsejado algunos que hiciera confirmar y legalizar estas disposiciones en vida por una asamblea de notables ó una general de los parlamentos, ó sea por los llamados Estados Generales; pero con esto habría renegado a última hora de su autoridad absoluta, de su autocracia, en una palabra, del sistema de gobierno al cual había dedicado toda su vida. Vivo ó muerto, quería Luis XIV que su voluntad fuese la única ley inmutable de Francia. Así prefirió depositar su testamento bien cerrado y sellado en el parlamento para que fuese abierto cuando hubiera fallecido.

Si ocultando así su última voluntad pensó ponerla al abrigo de los ataques del duque de Orleans como de todos los elementos de oposición, se equivocó en gran manera. Tanto misterio, tan fuera de lugar en un caso de regencia como este, donde lealmente solo había una persona destinada y autorizada para tal puesto, que era la del duque de Orleans, excitó desde luego las sospechas de éste; y sabiendo ya, como sabía, lo poco simpático que era al rey, reservóse prescribir en su día de tal testamento. Lo mismo pensaron los muchos descontentos y los que formaban la oposición secreta en la corte y el parlamento al gobierno político y eclesiástico de Luis XIV. Uno de los presidentes del parlamento hasta propuso destruir el testamento apenas hubiese fallecido el rey, con lo cual, no existiendo copia, quedaría la cuestión de regencia conforme debía, siguiendo la marcha natural y acostumbrada en tales casos. El hecho era que en el fondo no importaba tanto la regencia, que era una cuestión puramente personal, como el dar una satisfacción al deseo general de librar al país de las ataduras del despotismo opresor, emancipar las inteligencias y la conciencia, reanimar el jansenismo y hacer la oposición a la bula *Unigenitus* y a todas sus tendencias clericales y hostiles al galicanismo. Para esto era indispensable hacer desaparecer todo el régimen de Luis y los apoyos que tenía en la corte y en el gobierno; es decir había que hacer tabla rasa y expulsar a la Maintenon, al duque del Maine, Le Tallier, Villeroy, los jesuitas, los beatos y santurrones.

En esta disposición estaban todos, excitados y en mal encubierta hostilidad, cuando desde el mes de agosto de 1715 empezaron á disminuir rápidamente las fuerzas del rey; el cuerpo se enflaquecía y se le veía decaer sensiblemente. Dolores violentos en una pierna le obligaron á guardar cama, sin que por esto interrumpiera sus trabajos de dirección de los negocios. El día 24 conocióse que el mal de la pierna degeneraba en la gangrena llamada senil, aquella fiebre pútrida contra la cual no se conoce remedio alguno. En honor de Luis XIV hay que confesar que en esta su última y cruel enfermedad no cesó de conservar la misma tranquilidad de ánimo que raras veces le había abandonado en todo el largo curso de su vida hasta en las desgracias y penas mas acerbas. Su tranquilidad, conciencia y convicción inquebrantables de haber dirigido y dispuesto todo del mejor modo, según él, y de haber asegurado la continuación de su sistema le sostuvieron en su agonía. Una sola cosa le inquietaba, y era no haber podido acabar de establecer del todo la paz en el ramo eclesiástico. Hizo llamar al Delfín, le bendijo y le encargó que fuese mas pacífico que él había sido, porque había emprendido y llevado adelante muchas guerras por pura vanidad y con sobrada ligereza. ¡Lástima que lo conociera solo cuando era tarde!

En aquellos días, cuando á cualquier momento podía esperarse que el rey cesara de existir, cuando no se podía ya esperar nada del poco antes omnipotente dueño de vidas y haciendas, cuando ya no inspiraba temor á nadie, cuando él mismo, hablando de su biznieto, solo le llamaba lisa y llanamente «el rey», entonces se manifestaron en su verdadero ser y sin antifaz los caracteres de las personas que rodeaban al moribundo.

En vano dirigía el pobre monarca palabras cariñosas á su compañera la Maintenon; en vano las acompañaba con sus lágrimas; ella le contestaba amonestándole friamente que no pensara en ella, sino en Dios! A la primera señal de agonía, apresuróse aquella mujer á marchar á Saint Cyr, su fundación favorita, para ponerse en lugar seguro por lo que pudiera ocurrir. Su alumno el duque del Maine, el mimado de Luis que le había colmado de muestras de su cariño hasta en su testamento, no sintió ni la mas leve lástima ni compasión al ver padecer á su padre tan terriblemente. Su regocijo al pensar que dentro de pocos días seria el verdadero regente y dueño de la Francia era tan grande que bromeaba sin cesar sin freno y del modo mas indigno. En 29 de agosto reanimóse el rey con un cordial que un charlatan le había propinado, é inmediatamente regresó la Maintenon desde Saint Cyr junto al lecho del monarca; pero apenas vió que la mejoría era solamente momentánea, le volvió á abandonar en su última lucha con la muerte. Aquella solicitud y aquella sumisión á los menores deseos del rey que antes había sabido representar tan bien, se habían evaporado completamente.

La muerte ocurrió el 1.º de setiembre de 1715 pocos días antes de cumplir 77 años, á los 73 de su reinado nominal, y á los 55 de su reinado personal. Antes de morir ya había perdido el conocimiento.

El pueblo, no solamente las clases bajas, sino todas, toda la Francia, saludaron aquella muerte con júbilo.

Quizás no haya otro ejemplo en la historia de un abandono tan repentino, unísono y consciente de una tendencia seguida y aplicada durante todo un siglo. El instante en que se apagó la vida de Luis XIV, «como una vela» según decían, significó una nueva era, una revolución. Todas las tendencias oposicionistas que su absolutismo aterrador había tenido encadenadas estallaron súbitamente. Al día siguiente de su muerte, el parlamento, tan sumiso y callado hasta entonces,

destruyó la última voluntad del «gran rey», satisfecho de poder tomar una venganza póstuma y de restablecer su importancia política aniquilada. Orleans fué declarado regente único y absoluto, el hombre cabalmente mas opuesto á todas las tendencias y opiniones de Luis XIV, y que blasonando de principios liberales, ensanchó en seguida los privilegios de la nobleza y del parlamento, favoreció las ideas económicas y filosóficas modernas, animó á los jansenistas y excitó á los obispos contrarios al papa, á apelar á un concilio general para someter á su autoridad la bula *Unigenitus*.

No se limitó el derrumbamiento instantáneo al sistema de gobierno, político, administrativo y social de Luis, sino que también se evaporó como un soplo su importancia personal. Los cortesanos que antes le rodeaban á centenares, codeándose para lograr una mirada benigna de sus augustos ojos, dejaron solos y abandonados sus restos mortales. A duras penas encontráronse cinco para acompañar el corazón del monarca á la capilla de los jesuitas á la cual lo había legado; su entierro se realizó con una sencillez reducida á su expresión «para ahorrar dinero y tiempo» como se decía; y el pueblo de Paris, creyéndose ya libre del yugo insostenible que había llevado, persiguió al féretro del «gran rey» en su marcha por las calles, no solamente con maldiciones y blasfemias, sino arrojando sobre él lodo y piedras. En todo el ámbito del reino levantóse un verdadero alarido de alegría y de maldiciones contra el difunto; en todas partes se dió gracias á Dios por haber librado á la nación de aquel despota. En fin, la satisfacción y la alegría se dibujaban sin ocultarse en todos los semblantes, y todo el mundo esperaba del regente paz, libertad de movimiento y disminución de contribuciones.

Este fué el fin de Luis XIV y el remate de la época ó siglo del «gran rey», época que la posteridad ha ensalzado como el período mas brillante de la nación francesa, pero que los contemporáneos miraban como una época de miseria y de opresión inaguantables. En ninguna parte había alcanzado Luis XIV lo que se había propuesto: el brillo de las victorias se había apagado; las sorprendentes conquistas habían quedado reducidas á un mero recuerdo; el fausto deslumbrador de las fiestas y de las construcciones gigantes había desaparecido quedando de estas últimas solo las frias y monótonas moles; y se había evaporado la aureola de las obras poéticas. El dominio de la Francia sobre la Europa, objeto que Luis XIV se había propuesto y aun conseguido durante algun tiempo á fuerza de ríos de sangre y de oro, de cruel despotismo, de intrigas y de indignidades, se había escapado de sus manos. Sus numerosos ejércitos fueron derrotados, sus orgullosos mariscales humillados y las impenetrables murallas de sus fortalezas se vieron rotas y destruidas. Los territorios avanzados que debían servir de glacis á la Francia, la Bélgica meridional, la Lorena, la Saboya los filaderos de los Alpes, y la España desde los Pirineos hasta el Ebro obedecían á otros soberanos. Las huestes enemigas habían puesto repetidas veces á contribución las comarcas francesas, y los soberanos que se habían apoyado en Luis XIV habían perdido por esta misma razon su corona, á saber; los Estuardos en Inglaterra, los Gonzaga en Mantua y los Pico en la Mirandola, y poco faltó para que igual suerte alcanzara á los electores de Baviera y de Colonia. Antes de concluir su carrera tuvo que ver todo esto el rey Sol; y en lugar de dictar leyes al extranjero, hubo de conformarse con cumplir las que sus enemigos le dictaron. A su pesar reinaban la casa de Hanover en Inglaterra, y la de los Habsburgos en Italia. Impotente, tuvo que ver cómo su aliada la Suecia era precipitada de su elevado puesto, y cómo en su lugar se levantaba el imperio ruso y se aliaba con el Austria. Ya no era la

Francia la única gran potencia que hacia inclinar la suerte de las naciones del lado que ella queria, porque á su nivel y en frente de ella alzábanse á la sazón otras colectividades de otra raza, de diferente organización y con otras tendencias, pero tan fuertes é imponentes como ella. Después de la embriaguez del triunfo había venido la realidad desnuda; el ensueño calenturiento del dominio universal de la Francia y del genio francés representados por su rey, se había desvanecido cual vaga neblina ante el sol de la verdad. De Inglaterra, el adversario político mas peligroso de Luis XIV en la segunda mitad de su reinado, procedió la nueva dirección dada á las ideas y á la literatura, destinadas á atacar y finalmente á derribar el trono en la misma Francia. En las obras de Locke, Toland y Swift se oían ya los ecos precursores del *ÇA IRA* y de la *MARSELESA*. Suerte tuvo Luis XIV de no ver ni conocer el formidable adversario que allí forjaba y aguzaba sus primeras armas, y que había pisado ya el suelo francés en la persona del entonces joven Voltaire. Su eterna é incommensurable petulancia y egoísta satisfacción le mecían en una seguridad tan feliz que nada veía ni sospechaba.

No solamente habían naufragado sus proyectos en el exterior, sino también, y aun en mayor escala quizá, en el interior. Aquí no le valía su olímpica soberbia para no verlo; demasiado palpablemente se traducía en los ingresos la ruina de la industria, del comercio y de la agricultura, del bienestar y felicidad de sus súbditos. Verdad es que jamás se había cuidado de la felicidad y bienestar de nadie, porque la compasión era un sentimiento que no conocía; pero había aprendido, y la caída de la Suecia era de ello un buen ejemplo, que á la larga solo puede sostener un influjo y dominio sobre otros, un país rico, y que riqueza es en gran parte poder. Había querido que la Francia fuese el primer país del mundo en los campos de batalla, en la literatura, en la industria grande y de lujo, en el comercio marítimo, en la vida fácil, elegante y esplendorosa; que todas las otras naciones mirasen admiradas, deslumbradas, sumisas, como inferiores y humildes tributarias, á la Francia y á su gran rey autor de todo. De todo esto nada consiguió; antes al contrario, las guerras continuas acabaron con el comercio francés, y las elevadas contribuciones mataron la industria. El abandono y hasta el sacrificio sistemático de la agricultura, la industria mas importante de todas aunque la menos vistosa, produjeron una disminución espantosa en la población rural; tanto que al fin del reinado tan largo de Luis XIV apenas contaba la Francia 18 millones de almas, número inferior al que tenía al principio; y el país estaba además sobrecargado de deudas, de contribuciones enormes como la capitación, la talla, el diez por ciento de los ingresos, á las cuales se añadían los derechos de aduana, tan elevados, que venían á hacer imposible la introducción de los productos mas necesarios de la industria extranjera. Finalmente el rey, tan orgulloso, tan delicado en todo cuanto se rozaba con la dignidad real, se había rebajado sin ruborizarse á hacer una verdadera quiebra en perjuicio de sus confiados y crédulos acreedores.

No eran estos los únicos resultados negativos y opuestos á sus deseos que obtuvo Luis XIV con su sistema; mayores, mas trascendentales y permanentes fueron los que él jamás ni siquiera sospechó. Con el aniquilamiento de los últimos restos de independencia política que mermaban la omnipotencia del soberano, socavó los cimientos del trono mismo. Transformó á la nobleza, de brazo ó clase individual que era, y representante del elemento militante de la nación, en un rebaño de cortesanos rastrosos, viles y sin conciencia, cuyo orgullo era alcanzar una sonrisa del monarca, cuya ambición se cifraba en obtener algun empleo de palacio con

su deslumbrante oropel; y cuyo mérito consistía en sus intrigas indignas llevadas á cabo con astucia. Arrebatando á los parlamentos la conciencia placentera de su independencia forense, y su modesta influencia en la legislación, no les dejó mas alternativa que obedecer servilmente todos los caprichos del monarca, ó intrigar contra el trono. Luis XIV había mirado siempre al pueblo con soberano desprecio y el pueblo lo sabía; y con tal sentimiento le había quitado hasta el último céntimo y la última gota de sangre con una indiferencia tan horriblemente glacial, que aumentó el dolor de los padecimientos del pueblo torturado. Este pueblo tan infortunado y despreciado por el monarca fué, sin embargo, el que al fin pagó con su vida, trabajo y bienes la cuenta de todo el exorbitante fausto, aparato de poderío y despilfarro destinados á deslumbrar y someter á la Europa.

El resultado final fué que Luis XIV excitó contra sí á todas las clases de la nación, obligándolas á que en su descontento desearan un cambio y mirasen por dónde podría venir mejor. No viendo este rey mas que su propia persona, y no hablando mas que de sí, de su fama y gloria, y del servicio que todos le debían; concentrando toda la vida de la Francia en su persona, pidiendo solo sacrificios á todos los demás, como si solo para esto estuviesen en el mundo, engendró en todas las inteligencias un odio profundísimo á la institución monárquica que para él y los demás no era sino la explotación vil de todos á favor de uno solo. Ya no había clases intermedias bastante privilegiadas para que el odio de la nación las tomara directamente por blanco, y que detrás de ellas pudiera guarecerse el trono. Nada de esto; con el sistema de Luis aparecía el trono y solo el trono el culpable de la inmensa miseria y de todos los males y padecimientos del país, porque en el trono se concentraba todo el poder, y nada, absolutamente nada, había hecho en favor del pueblo, que no le inspiraba siquiera compasión. Bien puede decirse que probablemente no habrá habido jamás otro monarca absoluto que como Luis XIV nada hiciera, ni siquiera tratase de hacer en bien de sus súbditos y en especial de los necesitados. La ira mas indomable fué ganando terreno y se apoderó paso á paso de toda la nación contra un poder tan egoísta, que cuanto mas tiempo pasaba, mas claramente demostraba que su pensamiento era solo explotar friamente á todo el mundo y que nada hacia en favor de nadie. El odio, finalmente, ya no se dirigía solo contra el rey Luis, sino también contra la dignidad real, contra el trono como institución. Este nuevo sentimiento, que tanto ha influido en la vida de la nación francesa, data del reinado de Luis XIV.

Para sus recreos, placeres y excesos despilfarró la hacienda real y la nacional. A sus concubinas elevó á la categoría de segundas reinas y á sus hijos ilegítimos á la de príncipes reales. Con esta conducta escandalosa y ultra-egoísta hizo costumbre el derroche y legalizó los vicios; su ejemplo inicuo y desvergonzado introdujo y generalizó la inmoralidad en su pueblo primero, y en el resto de Europa después; de suerte que jamás, en ninguna época, fueron tan grandes y tan generales el lujo y la desmoralización entre las clases dominantes como en el tiempo de Luis XIV y después.

Si Luis XIV fracasó lastimosamente en su política exterior é interior, dando solo lugar á la reacción mas violenta contra todos sus principios y proyectos, no fué mucho mejor el resultado que tuvo su política eclesiástica, porque la libertad de conciencia tan cruel y bárbaramente perseguida y suprimida por él, renació luego tan pujante bajo la forma del jansenismo, que ya fué Luis impotente para aniquilarla, y esta fué, según se dice, la única cosa que le atormentó en su lecho de muerte. No le engañó su presentimiento, porque el

jansenismo resultó un fermento en la oposicion que atacó las fuerzas vivas del trono, aliado con el Papado. Así las persecuciones religiosas de Luis XIV produjeron al cabo las consecuencias mas fatales para él y sus sucesores.

Habiase introducido tambien en la nacion francesa un desaliento y hasta un pesimismo tan grandes, que personas notables por su inteligencia y rectitud llegaron en tiempo de la guerra de sucesion, hasta á desear derrotas para las armas francesas como remedio único, aunque sensible, contra el régimen imperante; como sucedió en Austria á los mejores patriotas en el año 1859. Fenelon, que tan conforme estaba con el sistema del rey, en muchos puntos por lo menos, decia entonces: «¡Estamos perdidos si salimos de esta guerra sin quedar humillados radicalmente!»

No obstante todos estos defectos, distinguian tambien á Luis XIV cualidades eminentes de carácter é intelectuales, que le colocan muy por encima de los soberanos de su tiempo, y que justifican, por lo menos en ciertos conceptos, el sobrenombre de «el Grande,» que sus contemporáneos le dieron en el apogeo de su poder.

En primera línea hay que alabar su inmutable firmeza de carácter, con la cual perseguia hasta realizarlos, sin dejarse extraviar por ninguna alternativa de guerra ni de política, los proyectos é ideas que habia formado y creido convenientes.

En segundo lugar, no olvidó ni faltó un solo momento á su idea fundamental de ser el primer rey del mundo. En este ideal se inspiraron todo su sér, sus actos, sus gestos, sus palabras; en todo cuanto hacia, acompañábale y dirígale esta idea. No era, como muchos le han descrito, un comediante fátuo, que queria hacer el papel de rey sin ninguna idea en su cerebro, como fueron los últimos Felipes de la casa de Habsburgo en el trono de España, y los Augustos en el de Sajonia; no. No queria ser solamente rey en sus gestos, voz, palabras y aparato material, sino que aspiraba á que todo cuanto hacia y emanaba de él llevase el sello de su dignidad augusta. A este principio fundamental no faltó nunca ni en la prosperidad y en el colmo de la fortuna, ni tampoco en la desgracia, prefiriendo la ruina completa antes que rebajarse y envilecerse. Esta firmeza de no faltar á su dignidad ni á la del país que representaba, tuvo tambien su recompensa; á ella debió la conservacion de las conquistas de Richelieu y de Mazarino: la Alsacia, el Franco-Condado y la Flandes francesa, territorios que en gran parte han pasado á ser eminentemente franceses ligados ya en cuerpo y alma indisolublemente á la Francia.

Su orgullo personal (y este es otro de sus méritos) estaba identificado en su mente con el honor, el poder, los intereses y la fama de su reinado. Creia concentrado el Estado entero en su persona, pero tambien sentia perfectamente la responsabilidad que esta personificacion y concentracion envolvian. Las desgracias del país, las derrotas de las armas francesas y las bajas de la poblacion por efecto de las armas enemigas, excitaban todo su interés, y no excedió mucho de la verdad cuando un dia dijo á Villars: «Antes que rey, soy francés.»

Hay que hacerle la justicia de decir que entendia perfectamente su oficio de rey. ¡Con qué tacto y conocimiento de los hombres sabia escoger sus instrumentos para la paz y la guerra, y colocar á cada individuo en el puesto donde mas útil podia ser! Y no se diga que solo dió pruebas de este talento en su juventud, porque aun cuando en la vejez se dejó seducir para cometer algunas equivocaciones en este concepto, no deja de merecer el agradecimiento de su pueblo el monarca que supo ver y emplear convenientemente á Vandoma, Villars y Berwick.

No era Luis tampoco de aquellos reyes nulos, que dejan entregados el país y los negocios públicos á ministros y ge-

nerales; porque no se lo permitia la elevadísima idea de su suprema dignidad, ni el interés vivísimo que sentia por el poderío del reino, que era su propio poderío. Por esto no puede alabarse bastante la actividad y decision con que intervenia en todas las cuestiones de gobierno, de administracion y de política; por manera que tampoco puede negársele la parte de mérito que le corresponde en buena justicia en todos los progresos que alcanzó la Francia bajo su reinado, porque demasiado reflejan su genio. Bajo su gobierno se efectuó la trasformacion tan importante del ejército feudal en ejército real; los regimientos adoptaron los distintivos del rey en lugar de los de sus comandantes; y la voluntad del monarca era la única que lo determinaba todo; solo al rey juraban y obedecian los cientos de millares de soldados, y solo de él podian esperar puestos, ascensos y recompensas los oficiales desde el mas bajo hasta el mas encumbrado. Luis XIV, por esto, es el fundador verdadero de aquel ejército francés que despues de su muerte supo defender y aumentar en innumerables campos de batalla diseminados por toda la Europa la fama y el honor de la Francia durante siglo y medio.

Tambien le debe la Francia su marina de guerra, que nació bajo su reinado, y por mucho que posteriormente otros gobernantes hayan querido introducir en ella variaciones, siempre han tenido que volver á las disposiciones que Luis XIV dictó para esta institucion; y ¿no es cosa admirable atendido el inmenso desarrollo que ha experimentado en el transcurso de dos siglos la vida marítima, que hasta hoy no ha podido modificarse en puntos trascendentales la organizacion que Luis XIV dió á la fuerza naval de la Francia?

Finalmente, fué Luis XIV quien llevó á cabo y perfeccionó hasta sus últimos detalles aquel poderosísimo y eficaz instrumento de gobierno, la centralizacion maravillosa de la máquina administrativa. Esta sí que es la obra por excelencia de Luis XIV, desde la creacion de los diferentes ministerios dependientes del monarca, y solo poderosos para los asuntos de su respectivo departamento. Ya no habia ministro principal como en tiempo de su padre, que gobernaba el país en todos conceptos como administrador con plenos poderes en la ausencia y en nombre del soberano; el alma y centro de todo era el monarca, al cual obedecian los jefes de los diferentes ramos, entre sí de igual categoría, y el rey podia exonerarlos en cualquier momento de su empleo, sin que por esto los asuntos de la administracion experimentaran ninguna sacudida, cambio ni interrupcion.

Y ¿no es mucho que Luis XIV supiera hacer marchar y maniobrar á una señal suya á los literatos, poetas y autores de toda clase, del mismo modo que maniobraban sus soldados, el clero y sus intendentes, prescindiendo de si esto fué bueno ó malo para el progreso intelectual de la Francia y para el desarrollo de su literatura? De cualquier modo esto prueba la influencia irresistible y deslumbradora que aquel monarca ejerció, por lo menos cuando estaba su poder en mayor auge, sobre los individuos mas capaces y mas sobresalientes de su pueblo. Digno de un rey en toda la extension de la palabra, y prueba de un genio muy por encima del nivel comun, fué que buscarse su gloria, no solamente en radiantes pompas y triunfos belicosos, sino tambien en el fomento de las artes y la literatura. Hasta el campo de las ciencias mas áridas y menos atractivas recibió de este rey el impulso fecundante para producir inesperados frutos, instituciones oficiales que aun hoy dia son sus centros y luminares respectivos.

Esta segunda parte de su gloria fué cabalmente la palanca que dió al genio francés el cetro y el influjo en Europa que son su orgullo y que proclaman la grandeza de Luis XIV

que tuvo el talento de conocerlo y echar los cimientos de una superioridad que parece perdurable.

Los ejércitos fueron derrotados, la hacienda quedó arruinada, su sistema administrativo quedó esterilizado por la incapacidad y el odio de las masas; pero las costumbres sociales elegantes y atildadas que creó y aclimató en sus palacios; el empuje que dió al desarrollo intelectual; los productos

brillantes de la literatura, que floreció lozana y alegre bajo su proteccion y la de su corte; todo esto hizo de la Francia el primer país, y de Paris la capital central de Europa. Los modales, las costumbres y el idioma de su país continuaron despues de su muerte predominando por mas de un siglo en el mundo civilizado; y en esto consiste la gloria y el efecto perdurables de la época de Luis XIV.